

Políticas de la Memoria

Anuario de investigación e información del CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina)

n° 13 | Verano 2012/13



13

Políticas de la Memoria



José Ingenieros y sus mundos

Escriben Hugo Vezzetti,

Ana María Talak, Lila Caimari,

Laura Fernández Cordero, Claudio

Batalha, Osmar Gonzales, Ricardo

Melgar Bao, Martín Castilla, Pablo Yankelevich

/ **Los Lugares de la Memoria:** Philippe Artières y

Dominique Kalifa, Bruno Groppo, Lucas Domínguez

Rubio / **Historia del libro y la edición:** Martín Ribadero,

Emiliano Álvarez / **Historia Intelectual:** Carlos Altamirano,

Emiliano Sánchez / **La "crisis del marxismo":** Sorel inédito / **Encuesta:**

Peronismo y Cultura de Izquierdas: Aboy Carlés, Adamovsky, Aguilar,

Anguita, Bergel, Feinmann, Fernández Vega, Freibrun, Grimson, Jacoby,

Kaufman, Mosquera, Salas Oroño, Sanmartino, Sarlo, D. Sazbón, Solana,

Stefanoni, Tarcus / **Marxismo hoy:** Vivek Chibber, Federico Mare /

Adrián Gorelik sobre Sebrel y Buenos Aires / **Las cartas del joven Aricó /**

Ilustraciones de Sergio Bordón.

El camino que lleva a la ciudad

Juan José Sebreli, una memoria de Buenos Aires¹

Adrián Gorelik

“Le fatiche degli stolti saranno il loro tormento, perché essi non sanno la strada che va in città”, Eclesiastés X:15, citado por Natalia Ginzburg como acápite de su novela *La strada che va in città*, 1941.

“Al menos por ahora, no existe más que una elección posible y esa elección sólo puede hacerse entre dos métodos excesivos por igual: o plantear un real completamente permeable a la historia, e ideologizar; o bien, por el contrario, plantear un real *finalmente* impenetrable, irreductible y, en ese caso, poetizar”, Roland Barthes, *Mitologías*, 1957.

Entre una realidad transparente y una realidad opaca, entre la ideología y la poesía: los extremos a los que Barthes veía condenada la tarea crítica *in toto* en la mitad del siglo parecen muy pertinentes para definir, más restrictivamente, los puntos límite entre los que basculaba el ensayo de interpretación en Buenos Aires para la misma época: entre la crítica ideológica y el intuicionismo lírico. De hecho, es en esos años cincuenta cuando una figura como Ezequiel Martínez Estrada, representante cabal del ensayo intuicionista, es revalorado y encuentra en la nueva generación (la de los nacidos en torno a 1930, generación atravesada por la cuestión del peronismo y marcada por la implantación profesional de las ciencias sociales) lectores y seguidores como hasta entonces no había tenido, al tiempo que surge una nueva variante del ensayo político-cultural que va a lograr enorme repercusión en la conformación de las matrices ideológicas del período: una constelación de elementos que componen la “izquierda nacional”, nacionalismo, populismo, marxismo, en el comienzo mismo del ciclo de radicalización política que iba a eclosionar una década más tarde.

Juan José Sebreli es uno de los ensayistas más característicos de ese período y eso quizás se deba a que él no “elige” entre aquellos dos “métodos excesivos” de los que hablaba Barthes, sino que les hace lugar a ambos. La omnipresente primera persona, marca de agua de un género (y de una generación) en que cuenta tanto la experiencia como el compromiso, en Sebreli se desliza de la evocación literaria a la causalidad sociológica y al dictum ideológico sin solución de continuidad –y eso ocurre tanto en

¹ Este trabajo se realizó como parte del proyecto colectivo “El recuerdo letrado”, sobre memorialismo en América Latina, dirigido por Jorge Myers y Sergio Miceli (Centro de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes / Departamento de Sociología, Universidad de San Pablo). Cabe aclarar, por tanto, que no se va a encontrar aquí un análisis de la vida y obra de Sebreli, sino apenas una interpretación de sus representaciones sobre ellas, según aparecen en sus textos autobiográficos.

sus ensayos como en sus memorias propiamente dichas, en las que la subjetividad aparece casi siempre velada por afirmaciones generalizantes y los recuerdos, por enumeraciones de archivo, como si su propia biografía fuese para él “completamente permeable a la historia”.

Hay otro rasgo que le confiere a todos sus escritos un aire autobiográfico: Sebrelí desenvuelve en ellos un ejercicio de ajuste continuo de posiciones. La necesidad programática de justificar cada uno de sus desplazamientos ideológicos (del malditismo peronista al marxismo antipopulista, y de allí al republicanismismo antiperonista) subrayando sus esenciales continuidades, el acierto en las grandes líneas a pesar de equivocaciones circunstanciales, le da a su obra memorial un tono de autoexamen –cuyo límite aparece por cierto en una fórmula que utiliza con frecuencia, por ejemplo cuando recuerda sus divergencias con Victoria Ocampo acerca del peronismo: “ella casualmente acertaba por malas razones, y yo estaba en el error por buenas razones”.²

Pero más allá de los usos de la primera persona y de la autoreferencialidad en sus escritos, la práctica memorialista *stricto sensu* ocupa un lugar muy importante en la obra de Sebrelí. Buena parte de su obra de madurez compone una suerte de ciclo memorial integrado por una variedad de formas literarias: viñetas autobiográficas, anecdotarios y retratos de autores contemporáneos (*De Buenos Aires y su gente*, 1982; *El riesgo del pensar*, 1984; *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, 1997), largas entrevistas sobre su vida y su obra (*Las señales de la memoria*, 1989), ensayos programáticos en los que aborda cuestiones ligadas muy centralmente a su propia experiencia (como la “Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires”, de 1997). De modo que su autobiografía oficial publicada en 2005, *El tiempo de una vida*, puede ser pensada, básicamente, como la reorganización del conjunto de relatos memoriales que compuso al comienzo de la década de 1980. Justamente cuando se iniciaba en Buenos Aires el interés tanto historiográfico como político-cultural por el medio intelectual de los años cincuenta y sesenta, Sebrelí comienza su prolífica actividad de memorialista en pos de fijar el sentido de aquella época que lo tuvo como protagonista y administrar los roles diversos que cada uno jugó en ella; por eso, todo su ciclo memorial ronda en torno de la etapa en la que escribe los ensayos más originales e influyentes, que arranca en sus artículos juveniles en *Sur* y *Contorno* en los años cincuenta y encuentra su forma acabada –y su temprana consagración– en el libro *Buenos Aires*,

² Ver J. J. Sebrelí, *Las señales de la memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 170.

vida cotidiana y alienación, de 1964.³

Pero *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* es algo más que su mejor y más famoso libro; también es el libro que produce la primera disputa seria sobre su legitimidad intelectual –a través de una controversia que marcará el lugar de Sebrelí en el círculo cultural de Buenos Aires–, y el que abrirá uno de sus grandes temas futuros, la ciudad como objeto de indagación y como sujeto constituyente de su propia biografía, retomado una y otra vez en el ciclo memorial. Es decir que aquel momento culminante que significa *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* en la vida de Sebrelí produce las dos grandes cuestiones en que dividirá su atención autobiográfica: la ciudad, a la que mira como niño, adolescente y adulto con una pasión propia, y la polémica intelectual, que desenvuelve una disputa por su lugar y el de su obra en el campo cultural argentino. Por ello, aquí me propongo analizar las representaciones autobiográficas de Sebrelí poniendo en diálogo su ciclo memorial con ese libro, intentando comprender el camino que lo llevó a estudiar Buenos Aires como parte central de los caminos que él mismo recorrió dentro de la ciudad y de su mundo intelectual.

La ciudad fracturada

También para Sebrelí *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* encierra, implícito, un relato autobiográfico.⁴ Cada vez que ha vuelto al libro en sus memorias, lo ha presentado como resultado de sus caminatas obsesivas por Buenos Aires, un vagabundeo sin rumbo que Sebrelí coloca bajo la advocación retrospectiva de la figura del *flâneur*, de rigor desde los años ochenta para pensar las relaciones entre ciudad y escritura. Esta *vague* teórica ha otorgado un nuevo prestigio al ensayo como forma especialmente adecuada para develar los misterios de la ciudad moderna, y le permite a Sebrelí reivindicar aquel libro desde un ángulo si no completamente inapropiado –ya que sus más perdurables pasajes tienen que ver con esa mezcla de intuición y observación densa que caracteriza los mejores ejemplos del género–, sin duda extraño a su programa de escritura original.

Recordémoslo brevemente: el programa quedaba expuesto en la forma de

³ Sobre este libro y, más en general, sobre el fenómeno del ensayo político-cultural y sus relaciones con las ciencias sociales, ver el preciso trabajo de Sylvia Saïtta, “Pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004. Allí se detalla que en los primeros 14 meses de publicado *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* agotó ocho ediciones vendiendo unos 40.000 ejemplares, *ibid*, pág. 126.

⁴ Cfr. J. J. Sebrelí, *Las señales de la memoria*, op. cit., p. 194, y el nuevo prólogo a *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 20.

manifiesto metodológico en un primer capítulo –titulado sin margen para la duda “El método”– en el que se postulaba una sociología marxista de la vida cotidiana como perspectiva adecuada para combatir en tres frentes simultáneos: el de la sociología, el del marxismo y el del ensayo mismo. El uso adecuado de los dos primeros buscaba complementarlos para superar sus límites respectivos (contra la sociología empirista, norteamericana y burguesa, la teoría marxista; contra el economicismo reductivo de sus cultores mecanicistas, la aproximación microscópica al tejido social) y, juntos, operar como un macizo instrumental científico contra las aproximaciones impresionistas del ensayo. En este punto, el contramodelo implícito era *La cabeza de Goliath*, porque publicado en 1940 era ya una referencia clave en la tradición de “explicaciones de Buenos Aires”, y porque la ruptura con el pensamiento de Martínez Estrada fue uno de los rotundos gestos iniciales con que Sebrelí construyó su figura de crítico irreverente.⁵

El libro apelaba a un heterogéneo contingente de referencias: de la trilogía básica sebreliana compuesta por Hegel, Marx y Sartre, a Gilberto Freyre y el Informe Kinsey; de Henri Lefebvre a la ecología urbana de Chicago. Esta última puede ofrecer un buen ejemplo de la libertad metafórica con que Sebrelí toma sus referentes: hay muy poco en el libro del tipo de *survey* que había caracterizado a la Escuela de Chicago, pero de la inspiración “ecológica” surge la cifra que lo organiza: la división de la ciudad en cuatro clases sociales (Las burguesías, Clase media, Lumpen, Obreros) fijando cada una a un territorio urbano específico (“uno de los modos primarios e inmediatos con que [...] toman conciencia de su ubicación objetiva dentro de la sociedad”). Y puede afirmarse que en esa estructura organizativa se encuentra una de las razones de su éxito: a través de un esquema tan sencillo como original, Sebrelí le ofreció una cartografía social ordenada y autoevidente a una sociedad que atravesaba uno de los momentos de mayores cambios en la dinámica metropolitana, al mismo tiempo que produjo el efecto “científico” que ponía al libro fuera de la tradición miscelánea del ensayo de interpretación de Buenos Aires –es decir, lejos de *La cabeza de Goliath*.

Buenos Aires, vida cotidiana y alienación presenta, entonces, una ciudad de fronteras internas duras, contra la representación más asentada de Buenos Aires como un territorio de divisiones laxas, marcado por la movilidad social y una ampliación mesocrática que recorría buena parte del siglo XX como un hilo común entre la

⁵ Sebrelí dedicó su primer libro a la crítica al maestro ensayista: *Martínez Estrada, una rebelión inútil*, publicado en 1960, aunque las principales hipótesis ya habían aparecido en un artículo de 1954: ver J. J. Sebrelí, “Martínez Estrada o el alma encadenada”, *Capricornio* N° 8, Buenos Aires, diciembre 1954.

integración inmigrante del radicalismo y la modernización desarrollista, y con la que había contribuido, en gran manera, el peronismo. El mapa fracturado de Sebrelí desconoce esos procesos socio-urbanos multiplicando las fronteras de la clásica representación espacial del conflicto en Buenos Aires (la del enfrentamiento norte/sur), evocando ahora el imaginario de la “invasión” –plebeya, “cabecita negra”– producido durante el peronismo, aunque en negativo: aquella invasión contra la ciudad decente fracasó, nos dice el libro, y dejó una Buenos Aires alienada y espectral –y la profusión de ejemplos de la literatura de los años veinte y treinta que Sebrelí usa como *insights* interpretativos para la ciudad de 1960 contribuye a dar ese clima de ciudad congelada y anacrónica. Es el mapa de la afirmación malditista del peronismo que le permitió conjugar a Sebrelí, en el ciclo que va de su artículo de 1956 en *Contorno*, “Aventura y revolución peronista”, a su libro *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* de 1966, buena parte de los tópicos ideológicos de la izquierda peronista de los años setenta.

Se trató, como mostró elocuentemente Altamirano, de un peronismo para consumo de una clase media que tenía que purgar la falta de haber sido antiperonista; esa autoculpabilización tomó forma en una “literatura de expiación” que *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* culmina, reuniendo “el cuadro de estigmas” contra la clase media con especial acrimonia.⁶ Y sin duda esa capacidad de interpelación a un público (que por intermedio de esa literatura se convertía en un nuevo actor político) es la segunda razón del éxito del libro. O, mejor, las dos razones se combinan en una: la ciudad fracturada de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* ofrecía el orden que aquella clase media que se reconocía en el libro se vería llamada a subvertir, cumpliendo la tarea pendiente de la invasión –esta vez no sólo peronista y plebeya, sino revolucionaria.

Ya en los años setenta, Sebrelí renegó de su papel catalizador entre la clase media y el peronismo, y lo siguió haciendo a lo largo de todo el ciclo memorial; pero aunque siempre presenta esa autocrítica en términos políticos, como parte de su superación de aquel “peronismo imaginario”, revulsivo y liberador, lo que sobresale con más fuerza con el paso del tiempo es lo que no ha revisado: el sostenido repudio a la clase media. De hecho, la dureza con que Sebrelí describe en las memorias a su familia *en tanto* familia tipo de clase media (individualismo, búsqueda del ascenso a cualquier precio, simulación y moralismo, sordidez, represión y pasividad que revierten en

⁶ Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, *Prismas* N° 1, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pp. 117-118.

autoritarismo con los más débiles), mantiene intacta la caracterización de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, que si bien apelaba a extrapolaciones de Wright Mills o Kinsey, se fundamentaba más localmente en las novelas y las crónicas de Roberto Arlt y, a pesar de la estentórea ruptura con Martínez Estrada, en el recelo elitista ante la masificación mesocrática de *La cabeza de Goliath*.⁷

La conquista del centro

Las memorias de Sebrelí operan sobre ese mapa duramente escindido de su libro de dos maneras. Por una parte, con el natural decadentismo de los memorialistas urbanos (para quienes la edad de oro de la ciudad es siempre el preciso período del cual ellos mismos son testimonio), desmintiendo aquella estratificación: su modo de la nostalgia se presenta siempre bajo la forma de la adversativa (“No quiero idealizar el barrio, pero...”), para mostrarse inmediatamente como el último testigo de una Buenos Aires más amable y al mismo tiempo fascinante, el último caminante, el último contertulio, el último lector, el último espectador de los cines del suburbio.⁸ Por otra parte, Sebrelí vuelve a esa ciudad con el recuerdo de su propia experiencia de infancia y juventud, en el que es posible advertir que si fue alguien bien dispuesto a superar todas las fronteras socio-urbanas que encontrase, al mismo tiempo, la existencia de esas fronteras era para él mucho más palpable que la facilidad con que se movía a través de ellas.

La topografía de las memorias de Sebrelí se reparte entre Constitución, el viejo barrio de clase media baja de su infancia y juventud que esconde, incrustado, el mundo enrarecido de la estación de trenes, abierto hacia el bajo fondo en el que comenzará a aventurarse temprano, y “la zona”, el reducido núcleo de manzanas del centro-norte donde se adensaron en los años cincuenta todos los símbolos de la vida cultural de Buenos Aires. Pero es en este segundo sector de la ciudad —y en esos años cincuenta— donde se ubica el clímax del relato memorial, porque es el campo de tensión hacia el

⁷ Analicé el recelo elitista de Martínez Estrada contra la inmigración (Sebrelí lo traspone a la clase media que desciende de ella) en “A Buenos Aires de Ezequiel Martínez Estrada”, *Tempo Social. Revista de sociología da USP*, vol. 21, N° 2, São Paulo, 2009. Respecto de los usos de la literatura de Arlt como insumo sociológico en *Buenos Aires...*, hay muchos ejemplos; Sylvia Saítta (op. cit., p. 130) ya señaló aquel en que, como si fuera una información objetiva sobre el frustrado erotismo de la clase media, Sebrelí parafrasea sin citar la célebre escena de *El amor brujo* en que Irene masturba a Balder en el sofá.

⁸ Este decadentismo ya hacía su aparición, fugaz pero significativa, en la dedicatoria de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*: “A Luis Irazú, habitante de Montevideo, esa ciudad que es la Buenos Aires de antes” (el Sebrelí adulto lo va a explicar diciendo que él ya era un nostálgico precoz a los 19 años). Un ejemplo tomado al azar de uno de los textos del ciclo memorial: “En los primeros años del siglo XX, la calle Florida al atardecer era un salón al aire libre. [...] Esos hábitos inconcebibles en la calle multitudinaria, apresurada y anónima de hoy todavía se mantenían en parte en la Florida de los años cincuenta que yo conocí”, en J. J. Sebrelí, *Cuadernos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, p. 71.

que confluyen los hechos principales de la biografía y donde se entrelaza hasta la indistinción la polémica intelectual con la crónica urbana.⁹ Así, el camino del barrio al centro –ese lugar de la escritura, la condición misma que permite narrar desde allí el resto de la ciudad– está presentado en las memorias como un *Bildungsroman*: el relato de la ocupación fulminante de una posición prominente por parte de un joven curioso sin más capital que su talento y ambición intelectuales –y Julien Sorel, “el héroe novelesco que más me impresionó desde que se me reveló a los quince años”, sobrevuela desde el comienzo de esa sección de la autobiografía–; un viaje del sur al centro con única escala a mitad de camino, en la vieja Biblioteca Nacional de San Telmo, justamente para acumular recursos para la empresa.¹⁰

La historia de esa conquista ha sido relatada varias veces. Con poco más de veinte años, la Facultad de Filosofía y Letras apenas comenzada y la única experiencia de haber editado con unos compañeros los cinco números de la revista *Existencia*, Sebrelí ingresa (“sin proponérmelo y sin esfuerzo alguno”) como colaborador en *Sur*.¹¹ Es invitado por Héctor A. Murena –mayor que Sebrelí, aunque tampoco llegaba a los treinta–, quien estaba abocado a una actualización de la revista de Victoria Ocampo que en breve se demostraría infructuosa; pero todavía en 1952, *Sur* mantenía intactos su prestigio y su centralidad en la cultura argentinas.¹² La escena condensa extraordinariamente el momento de efervescencia cultural y renovación generacional que se abría en medio del peronismo (y todos los pasos iniciales de Sebrelí tienen esa alta capacidad simbólica): Murena opera como eslabón de la tradición martinezestradiana con la nueva generación en el espacio de una revista poco hospitalaria para ambos, y Sebrelí va a ser el encargado de rebasarlo, mostrándose como una de las voces más expresivas de ese tiempo. En 1952, guiado por la noción sartreana de *compromiso*, propone en “Celeste y colorado” salir de la histórica exasperación

⁹ Los capítulos sobre la ciudad de la infancia son los que primero vieron la luz, en 1982, presentados como parte de una autobiografía inédita titulada *Vida de un pequeño burgués* (ver *De Buenos Aires y su gente*, p. 11); en la autobiografía de 2005, *El tiempo de una vida*, ocupan, con algunas correcciones y ampliaciones, las primeras 100 páginas. Los capítulos sobre la juventud, que articulan la formación intelectual con lo que aquí llamo la “ocupación del centro”, también reordenan y reescriben textos publicados en la década de 1980, pero con varios añadidos en los que luego me detendré; ocupan 150 páginas y su interés está concentrado en el momento inicial de la carrera de Sebrelí, con apenas un par de breves extensiones hacia mediados de la década de 1960 y el relato de su rol en la creación del Frente de Liberación Homosexual en 1971. La parte final, “Madurez”, ocupa unas 40 páginas.

¹⁰ La cita sobre Julien Sorel, en *El tiempo de una vida*, p. 125, en el primer capítulo (“Lecturas”) de la segunda parte, titulada, precisamente, “La novela de formación. Juventud”.

¹¹ La cita en *Las señales de la memoria*, 170.

¹² Ver John King, *Sur: An analysis of the Argentine Literary Journal, 1931-1970*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

dicotómica de la cultura y la política argentinas, cuya más viva encarnación entonces era la antinomia peronismo/antiperonismo, haciendo explícito en *Sur* el programa que apenas comenzaba a enunciarse colectivamente en el nutrido grupo de publicaciones que surgían en (y alrededor de) la Facultad de Filosofía y Letras.¹³ Y en 1953 abre en tapa el primer número de la más influyente de todas ellas, *Contorno*, con un artículo en el que libra otra batalla generacional, la demolición del vanguardismo criollista de los años 1920 con sus estribaciones en la cultura de *Sur* y el *establishment* modernista –ya Sarlo ha señalado que ese texto de Sebrelí fue lo más parecido a un manifiesto que tuvo la revista de los hermanos Viñas en sus inicios.¹⁴

Así que con unos certeros golpes de escritura, Sebrelí sale del anonimato gris del barrio clasemediero y pasa a ocupar las posiciones principales en el antagonismo cultural e ideológico del período. Nuevo lugar que le permite erigirse en cronista privilegiado de ese polo magnético que giraba en torno de la esquina de Viamonte y Florida, con la revista *Sur*, la Facultad de Filosofía y Letras, las galerías de arte, las librerías a las que llegaban las novedades francesas, los bares donde se cruzaba la bohemia intelectual con la artística; polo que en muy pocos años iba a sumar, como en estratos geológicos de la cultura porteña, los hitos de la vanguardia pop, la “manzana loca” del Instituto Di Tella y la Galería del Este.

Significativamente, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* apenas le dedica una página y media a “la zona”, para describir con desdén irónico los hábitos culturales de la izquierda intelectual; un desprecio que traduce en términos político-ideológicos el alejamiento de Sebrelí de *Contorno* –su rechazo de la opción de la revista por el frondizismo–, y en términos culturales su repudio del emergente clima pop –leído casi lukácsianamente como decadencia–, pero que en términos más amplios no puede ocultar el carácter autobiográfico, su ataque al “fetichismo cultural” de la clase media intelectual que fue precisamente el rasgo más marcado del propio ingreso de Sebrelí a ese mundo.¹⁵ En las memorias, en cambio, su actitud respecto de aquel núcleo de la vida

¹³ Ver J. J. Sebrelí, “Celeste y colorado”, *Sur* N° 217-18, Buenos Aires, noviembre de 1952. Ver el análisis de ese artículo que hizo Oscar Terán en uno de los primeros –y todavía de los mejores– estudios de historia intelectual de aquel período: “Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950”, en su *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986; ahí se califica la importancia del texto de Sebrelí caracterizándolo como “programa” generacional.

¹⁴ Ver J. J. Sebrelí, “Los martinfieristas, su tiempo y el nuestro”, *Contorno* N° 1, Buenos Aires, noviembre de 1953. Beatriz Sarlo, en posiblemente el primer estudio crítico sobre *Contorno*, calificó el artículo de Sebrelí como la “declaración de principios” grupal; ver “Los dos ojos de *Contorno*”, *Punto de Vista* N° 13, Buenos Aires, noviembre de 1981.

¹⁵ *Buenos Aires, vida cotidiana alienación*, Buenos Aires, Siglo XX, 9na edición, pp. 109-110.

cultural porteña es muy distinta: si bien no abandona su papel desmitificador, que cumple también bajo la forma de la devaluación adversativa (siempre comienza su reconstrucción aclarando que “la calle Viamonte no fue nunca el Quartier Latin o Montparnasse ni Bloomsbury o Chelsea ni el Village”), el detallado y simpático costumbrismo que le dedica muestra la importancia clave que tuvo para él ese territorio mágico que se estableció en los años cincuenta en esas pocas cuadras, en las que estaban todos los que tenían que estar y se concentraban todas las miradas, dándole a alguien como Sebrelí una tan natural como inaudita notoriedad.¹⁶

Ese centro creaba la posibilidad de una zona neutra, de puro intercambio intelectual sin la carga ominosa de los orígenes: “Murena y yo vivíamos en Constitución, a pocas cuadras de distancia uno del otro, pero si teníamos que vernos nunca se nos ocurría citarnos en ese barrio. Lo hacíamos en Viamonte, adonde llegábamos en tranvía cada uno por su lado”.¹⁷ Pero son esos orígenes, al mismo tiempo, los que lo constituyen a Sebrelí en la *diferencia*: frente al linaje aristocrático de Victoria Ocampo –y de buena parte del núcleo de *Sur*– y frente al arraigo de los Viñas en ese movimiento político tan criollo como el irigoyenismo, Sebrelí se muestra siempre muy consciente de su pertenencia al novísimo contingente de intelectuales de clase media, sin capital cultural ni social, un tipo de intelectual que si bien presenta casos notorios en Buenos Aires desde comienzos del siglo XX, va a volverse mayoritario a partir de la ampliación de la base escolar y la matrícula universitaria en las décadas de 1940 y 1950. Sebrelí se muestra siempre muy consciente porque la lectura “de clase” le permite articular herramientas que provienen del marxismo con la figura sartreana del *resentimiento* (que si como figura de la crítica es habitual entre los miembros de su generación, en Sebrelí convergerá con una identificación más personal, coloreando su modo de verse siempre *contra* los otros). Es muy típico de Sebrelí el gesto que hace de esa desventaja de clase y status un valor, alimentando el carácter épico con que piensa su vida. Pero aquí me interesa subrayar otra *diferencia*, más sutil, que recorre todo el ciclo memorial y ha sido posibilitada por esa coyuntura precisa de la historia cultural argentina en que emerge la figura de Sebrelí; una *diferencia* que lo separa también, y sobre todo, del resto de la clase media que va a ocupar la escena a partir de la década de 1960 –y explica su interpretación de la década como declinación cultural. En efecto, es la transición peculiar que se vive en los años cincuenta lo que permite la doble

¹⁶ *Las señales de la memoria*, op. cit., p. 163.

¹⁷ *Ibid*, p. 164.

percepción de Sebrelí en sus memorias, que va a subrayar machaconamente su carácter de *outsider*, al mismo tiempo que va a poder recordar aquel espacio conquistado sin sentirse un arribista, con la nostalgia decadentista de quien ha formado parte de una aristocracia extinta –y a pesar de que su propia presencia haya sido una de las evidencias más clamorosas de que esa extinción era inevitable.

Hacia los márgenes

Pero no es posible pasar tan rápido, si se trata de las memorias de Sebrelí, del tema del *outsider*, porque es una cuestión decisiva en su autorrepresentación, en la que la voluntaria soledad ideológica y la ausencia de alcurnia social se potencian con la doble marginalidad del autodidacta y el homosexual, para presentar una vida de ascética lucha contra la corriente. En principio, la ubicuidad que le permitió dejar marcas importantes en las dos revistas que simbolizan las transformaciones culturales de los años cincuenta, *Sur* y *Contorno*, es presentada como una opción tercera por una pureza intelectual que habría sido igualmente revulsiva para ambas (y es notorio que Sebrelí piensa su propio papel biográfico en las coordenadas existenciales que había formulado como mandato para toda su generación en “Celeste y colorado”).¹⁸ Aquí la representación se ha desplazado de la figura de Julien Sorel al mito cinematográfico del “hombre que se va”: aquellos personajes que “venidos de alguna desconocida región, llegaban a un pueblo o a una pequeña ciudad y la depuraban [...] y que, una vez concluida su especie de misión, se iban solos, dejando tras de sí la bella obra cumplida y a la bella mujer. Eran individuos épicos: con sus solas fuerzas y con su sabiduría, estos solitarios regeneraban a una comunidad entera, y en una mañana o en un atardecer se marchaban hacia nuevas regiones”. La cita es muy gráfica, aunque no es de Sebrelí, sino de Carlos Correas, que habla allí de las fantasías compartidas con Oscar Masotta, los otros dos vértices del “trío existencialista”, el único grupo que Sebrelí reconoce haber integrado alguna vez.¹⁹

Quien sepa algo de Sebrelí debe haberse extrañado de la ausencia de esos dos nombres hasta aquí, porque si los años cincuenta y “la zona” fueron el meollo espacio-temporal de su biografía, la composición del trío fue lo que le otorgó el sentido pleno de

¹⁸ “Atrapado simultáneamente desde lados opuestos [...] quedé atrapado entre dos fuegos, en medio de los bandos rivales, combatido por ambos; una incómoda posición en la que, con frecuencia, me encontraría sin buscarlo, por mi tendencia a superar las dicotomías y maniqueísmos y juzgar los opuestos en forma dialéctica”, escribe Sebrelí en la introducción a la nueva edición de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, op. cit., p. 11.

¹⁹ Carlos Correas, *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa* [1991], Buenos Aires, Interzona, 2007, pp. 22-23.

una misión (como en el mito cinematográfico, incluyendo la necesaria cuota de aventura). En la acción colectiva residió buena parte del impacto y la eficacia intelectual de la doble provocación en que se embarcaron: la de la ideología, en el paso vertiginoso entre 1953 y 1955 del “anti-antiperonismo” a un peronismo negro capaz de irritar por igual al liberalismo de *Sur* y al izquierdismo universitario de *Contorno*, mientras enrarecía el diálogo con la izquierda nacional de Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos; y la del ejercicio de la homosexualidad –abierta en los casos de Sebreli y Correas, insinuada y ambigua en el de Masotta–, que contrastaba con la masculinidad exasperada de David Viñas y con el entero universo de valores de la izquierda, pero también, debido al gusto del trío por los bajos fondos y los sectores marginales, con el refinamiento del grupo *Sur*.

Esa acción colectiva está en la base de la expansión de las fronteras urbanas que airea por momentos el mapa rígidamente segmentado de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* y ofrece algunos de los pasajes más sorprendentes y perturbadores de las memorias de Sebreli: las travesías por el submundo del comercio homosexual que empuja las representaciones de Buenos Aires hacia los márgenes de la *ciudad decente*; las estaciones de tren, los descampados suburbanos, los hoteles sórdidos y los cines baratos, las playas de camiones, todos esos circuitos clandestinos que parecían reservados a la crónica roja (cuyos archivos el joven Sebreli revisa con pasión) y a la “picaresca del arrabal porteño” (tradición que Sebreli filia en Enrique González Tuñón y Roberto Arlt para culminar en su admirado *Alias Gardelito*).²⁰ La irrupción de esos mundos marginales en que el lumpen se entremezcla con los nuevos sectores obreros ofrece a su vez casi las únicas ocasiones en que *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* se permite introducir rasgos del novedoso proceso socio-urbano que definía la Buenos Aires de los años cincuenta: la formación aluvional y espasmódica del Gran Buenos Aires, quintaesencia urbana de la mitología peronista.²¹ Viceversa, quizás sea esa débil presencia del Gran Buenos Aires –y su correlato: el encierro sobre una ciudad de los años veinte y treinta cuya dinámica social y su misma geografía se habían transformado irremisiblemente– la marca que señala con mayor elocuencia que *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* fue escrita en –y para– “la zona”, ese lugar que hizo

²⁰ Ver J. J. Sebreli, “Toribio Torres: un hombre argentino”, *Revista Centro* N° 14, Buenos Aires, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, cuarto trimestre de 1959.

²¹ Para notar la centralidad del Gran Buenos Aires en la realidad urbana de 1960, basta señalar que entre 1940 y 1960 Buenos Aires duplica su población (de unos 3,5 millones a casi 7 millones de habitantes) y que todo ese crecimiento se produce fuera de la Capital, en los partidos del Gran Buenos Aires.

posible la escritura pero, ciego y autosuficiente, sólo permitió ver la ciudad ya existente para la tradición literaria de Buenos Aires. Y justamente por eso, la cuestión de la marginalidad muestra su potencial, el registro en sordina de esa evidencia.

Es posible entender mejor el modo fantasmático en que el Gran Buenos Aires aparece en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* si se lo pone en paralelo con “La narración de la historia”, el cuento de Carlos Correas cuya publicación en la revista *Centro* en 1959 produjo un célebre escándalo que derivó en la incautación del número y llevó a juicio a Correas y a Jorge Lafforgue, director de la revista.²² El protagonista del cuento es un estudiante de filosofía que vive con su madre cerca de Constitución y en una noche de ronda, en la misma estación de trenes (y precisamente a través del cruce de miradas que Sebrelí describiría en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* y repetiría con variaciones en su ciclo memorial, celebrando las relaciones fugaces y anónimas que permite la gran ciudad), “consigue” un “morochito”, un “reserito moderno, un pequeño aventurero”, mezcla de vividor ingenuo y soñador, duro y tierno a la vez: un “chongo”.²³ La relación se desenvuelve en esa periferia interna a la ciudad que son los medios de transporte y se consume en el filo proletario entre la ciudad y el Gran Buenos Aires, cruzando apenas la General Paz, lugar ambiguo de la libertad y el miedo, de la aventura y la barbarie; más en general, el cuento traza un mapa del deseo que pone el corazón multitudinario de la ciudad secreta en la estación Constitución y se abre en abanico, desde el cono marginal de la ciudad céntrica (el Balneario Municipal) hacia los tres puntos cardinales del Gran Buenos Aires, Avellaneda, San Martín, San Isidro. El espacio desde el cual se debía producir la “invasión” imaginaria del peronismo, apenas descripto, funciona para reforzar su potencialidad mítica con el ingrediente de la liberación sexual (y *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* foguea

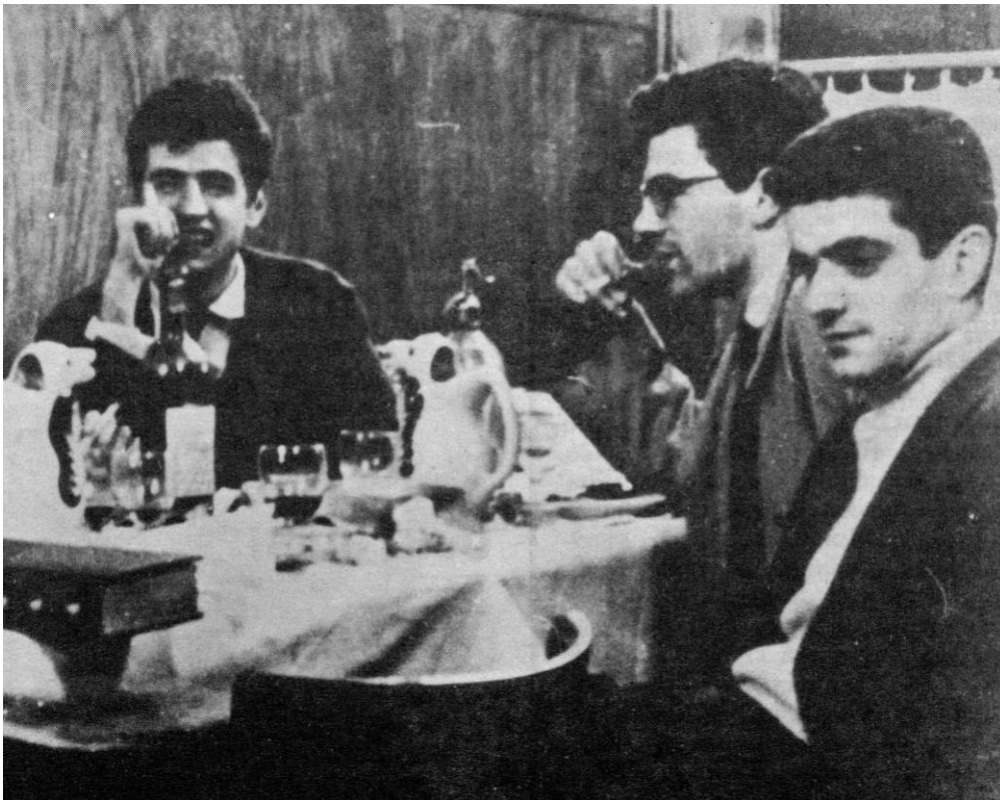
²² En el film documental *Ante la ley. El relato prohibido de Carlos Correas* (2011), de Emiliano Jelicé y Pablo Klappenbach, se ha reconstruido brillantemente el caso contra el cuento y todo el contexto que lo produjo, mostrando con elocuencia la condena moral contra la homosexualidad en la propia izquierda.

²³ “Oh, ya nos entenderíamos. Pero, verdaderamente, vos serías mi chiquito, mi muñeco, mi chongo”, Carlos Correas, “La narración de la historia”, *Revista Centro* núm. 14, Buenos Aires, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, cuarto trimestre de 1959, p. 17. Respecto de la expresión “chongo”, ese resto erótico-etnográfico de la transgresión imaginaria del peronismo, Sebrelí le dedica un capítulo en su “Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires” y reivindica haber sido el primero en usarlo en un texto de análisis sociológico en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. El cruce de miradas –la escena primaria de la deriva erótica a la que Sebrelí vuelve una y otra vez– lo describe así: “Lazos ocultos de deseos y hábitos afines, rastros secretos de necesidades coincidentes, que la mirada común no advierte, conectan de pronto a seres solitarios, aparentemente distantes y extraños entre sí, entremezclando fugazmente sus vidas. En una esquina cualquiera, en un café, la gente permanece dispersa y al azar, pero basta una mirada imperceptible –como en el *puzzle* del cazador oculto en el bosque– y la situación que allí se desarrolla adquiere un significado, una unidad, una lógica”, en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, op. cit., p. 142.

también ese doble mito, la mayor liberalidad de las relaciones sexuales en el “círculo mágico” del barrio obrero frente a la reprimida sexualidad de la clase media).

La legitimidad de la bastardía

De ese mapa del deseo, de todos modos, es el cono céntrico el que más interesó siempre a Sebrelí, el circuito secreto de bares y boliches dudosos que ligaba el colorido lumpen del Bajo y el Puerto con la bohemia intelectual de “la zona”, en el mismo epicentro de la ciudad letrada.²⁴ No es difícil imaginarse al “trío existencialista” conectando con pasión genitiana esos mundos opuestos, aunque es más complicado representarse ahora esa mezcla tan especial que componían, entre el gusto por la provocación y una discreción, tan porteña (y tan años cincuenta), que Correas ha descripto magníficamente en *La operación Masotta* al referirse a una fotografía de los tres que se había publicado a comienzos de los años ochenta:



²⁴ En “Historia secreta de los homosexuales en la Argentina”, Sebrelí describe la importancia del centro para la cultura homosexual en los siguientes términos: “El ‘centro’ por constituir la mayor concentración de gente y por tanto ofrecer la mayor variedad de intercambios y, también, de anonimato, constituye la ‘región moral’ por excelencia de los homosexuales. El centro es lo opuesto a la familia, al hogar con la autoridad de los padres, y al barrio con la mirada vigilante de los vecinos. [...] El viaje al centro equivalía a una fuga simbólica de la monotonía cotidiana, hacia la libertad y la aventura...”, en J. J. Sebrelí, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 342.

“En la calle vestíamos comúnmente, al uso, no prescindiendo del saco y la corbata. Bebíamos poco; ya éramos bastante retozones e histriónicos sin necesidad de alcohol; la foto aparecida en *Capítulo* presenta sobre la mesa una acumulación concertada de jarras-pingüino, de vasos y una botella de vino, para hacer creer (a la posteridad) que éramos borrachos. Comíamos y fumábamos moderadamente y hacíamos el amor insignificadamente. En suma, éramos frescos y ascetas y, por fuera, esmerados, juiciosos; sólo por dentro (esto es, de manera irreal) éramos monstruos ávidos y depredadores”.²⁵

La aparición en 1991 de ese libro excepcional que Correas escribió sobre Masotta permite captar la intensidad triangular de la relación: “en fin, vivíamos en el tufo, cada uno obsesionado por el otro”, escribió Masotta en una carta reproducida por Correas; “vivíamos *huis clos*, como debía ser [...] entrañablemente cómplices y a la vez cada uno desolado con el deseo de que los otros dos resultaran muertos”, completa el propio Correas.²⁶ Se trata de una biografía colectiva cruel y caprichosa, de una crudeza desesperada que, como una caldera que hubiera acumulado presión durante cuarenta años, estalla bajo la forma de un manifiesto existencialista fuera de tiempo, cuya verdad se sostiene en la fuerza subjetiva con que el propio autor se expone a su causticidad, él mismo ejemplo viviente del fracaso de aquel programa ético que habrían formulado entre los tres.²⁷ Una biografía colectiva que, centrándose en Masotta y relegando a Sebrelí a un segundo plano (aunque vital: “Conocí a Oscar Masotta por Juan José Sebrelí. Cuando conocí a Sebrelí, en enero de 1953, cesó mi soledad”, afirma Correas desde la introducción), muestra las asimetrías de ese triángulo: también Sebrelí sólo se había ocupado de escribir sobre Masotta hasta la aparición del libro de Correas; y en verdad hay en ambos, en Sebrelí y Correas escribiendo sobre Masotta, algo de la bella mujer que queda abandonada en el pueblo ante la partida del héroe.

No cabe duda que en medio de esa cadena memorial formada por continuas reescrituras de un conjunto básico de textos que Sebrelí compuso en los primeros años

²⁵ Carlos Correas, *La operación Masotta*, op. cit., p. 71. La fotografía aparece en Carlos Mangone y Jorge A. Warley, “La revista ‘Contorno’”, *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, tomo 5, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 438. Esta segunda edición de *Capítulo* fue dirigida por Susana Zanetti; junto con el número 13 de *Punto de Vista* dedicado a *Contorno* (noviembre de 1981, con el artículo de Beatriz Sarlo citado y una entrevista de Sarlo y Carlos Altamirano a David Viñas), muestra el comienzo del interés historiográfico por los años cincuenta y por esta generación de críticos.

²⁶ Carlos Correas, *La operación Masotta*, op. cit., pp. 39 y 26 respectivamente.

²⁷ Curiosamente, fue el relato de ese fracaso lo que devolvió a Correas a la escena intelectual en los años 1990, cuando fue recuperado como “cronista negro” por diversas publicaciones; en el año 2000, se suicidó. Hugo Vezzetti hizo una aguda lectura del libro de Correas en “Oscar Masotta y Carlos Correas”, *Punto de vista* N° 41, Buenos Aires, diciembre de 1991.

ochenta, la publicación de *La operación Masotta* señala un momento de cambio, que se manifiesta en la autobiografía de 2005, *El tiempo de una vida*, en primer lugar, en el capítulo que dedica a Correas completando el triángulo (el texto sobre Masotta tuvo una primera versión en 1979), y más en general, en el detalle con que Sebrelí se refiere a su propia homosexualidad.²⁸ No porque hasta entonces la hubiera ocultado, en absoluto: Sebrelí fue uno de los fundadores del Frente de Liberación Homosexual en 1971, y desde el temprano escándalo de su lectura de un texto sobre la homosexualidad en Oscar Wilde, en 1952, durante un acto de la revista *Existencia*, pasando por referencias continuas en casi todas sus obras, hasta su “Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires” –texto en el que trabajó desde los años ochenta y publicó en 1997–, siempre colocó el tema en el centro de su atención intelectual, dejando traducir nítidamente el lugar que tenía en su vida. Sin embargo, no es fácil encontrar referencias explícitas a su propia experiencia homosexual en el curso del ciclo memorial: la cuestión era asumida más bien como un *a priori*, un hecho implícito tomado con naturalidad discreta que no merecía ser abordado en el plano de la subjetividad. En *El tiempo de una vida*, por el contrario, se vuelve explícito, con escenas sobre la iniciación sexual en la temprana adolescencia, relatos del tipo de relaciones amorosas fugaces que Sebrelí dice haber preferido en la adultez (en donde la cuestión de la *flânerie* urbana asume toda su carga erótica) y una narración de su primera amistad homosexual en la Facultad que, significativamente, es caracterizada en términos casi idénticos a los que había usado Correas al describir su relación con el propio Sebrelí.²⁹

Ahora bien, no parece ser sólo la franqueza brutal de Correas al tratar el tema lo que impacta a Sebrelí, ni la directa implicancia que tiene lo que aquel narra en los contenidos de su propia biografía.³⁰ Creo, por el contrario, que el impacto de *La operación Masotta* en las memorias de Sebrelí hay que entenderlo en el modo en que la

²⁸ El primer registro de *La operación Masotta* lo hace Sebrelí en 1997, introduciendo cambios en su viejo ensayo sobre Masotta (a partir de la reproducción de fragmentos de cartas que Correas había publicado) y dando cuenta del libro en una nota al pie en la que lo describe como “el único caso de ensayo negro en la Argentina” y lo critica por sus “exageraciones y deformaciones esperpénticas”; ver J. J. Sebrelí, “El joven Masotta”, en *Escritos sobre escritos, ciudades sobre ciudades*, op. cit., p. 393. Debo a Horacio Tarcus el dato de que Sebrelí publicó el artículo sobre Masotta por primera vez en 1979, en ocasión de su muerte en Barcelona, en la revista *Nova Arte*; luego apareció en 1984 en *El riesgo del pensar*.

²⁹ En *El tiempo de una vida*, p. 170, escribe Sebrelí: “cuando encontré a Héctor, se acab[ó] la soledad...”. Poco más adelante, él mismo cita las palabras que Correas le dedicó en *La operación Masotta* (“Cuando conocí a Sebrelí, en enero de 1953, cesó mi soledad”), haciendo evidente la paráfrasis.

³⁰ Comenzando por el relato del noviazgo entre ambos (la fórmula es de Correas y la retoma Sebrelí). Es también significativo que el fracaso de ese noviazgo sea explicado por Sebrelí con términos similares a los que Correas dedicó a su relación (no homosexual) con Masotta: “éramos bastante semejantes como para desearnos”; ver. introducción a *La operación Masotta* (s/n) y *El tiempo de una vida*, p. 205.

homosexualidad es integrada por Correas a un programa de escritura que la convierte, ya no en una cualidad adicional del *outsider* (como una medalla de la que no hace falta hacer ostentación porque está ahí, a la vista de todos), sino en la potencia magnética que tensionaba el espíritu de la bastardía en ese triángulo de fuerzas del que pareciera que no han podido escapar. De ahí que, ante la evidencia rotunda del libro de Correas, Sebrelí deba retomar el control del relato de su propia homosexualidad, especialmente porque también en ese plano él cuenta con la ventaja de haber sido el único verdaderamente fiel al programa juvenil, ante la ambigüedad manipuladora de Masotta y el bisexualismo frustrante de Correas.

Una y otra vez Sebrelí nos recuerda que él fue el vértice clave del triángulo.³¹ También fue él, sin dudas, quien abrió una serie de temas que movilizarían a los tres: el existencialismo, Arlt, la crítica a Martínez Estrada, el peronismo como aventura plebeya. Pero cuando se leen las memorias, se tiene la sensación de que la reivindicación de ese lugar lo debilita, o peor, que muestra la falta de confianza de Sebrelí en que todo lo que vino después le haya permitido mantenerlo. Todo en el trío parece haber sido un combate cuerpo a cuerpo por la *legitimidad de la bastardía*, un arma que blandían contra el mundo establecido y contra ellos mismos, con el filo doble de la ideología de la marginalidad, que si puede revestirse de autenticidad, al mismo tiempo carcome toda la empresa con el fantasma de la impostura y la vuelve tan dependiente del reconocimiento externo. Así, Sebrelí dirá de Masotta: “sensible como era al éxito”; y Correas de Sebrelí: “hambriento de fama, ha sido el que primero y más vastamente ha llegado a ser conocido por su fama”.³² Y si se piensa que esas frases infamantes fueron escritas décadas después, se puede notar la fuerza duradera de la dinámica mutuamente descalificatoria que caracterizó esa amistad triangular, saturada de motivos arltianos: la traición se imponía entre ellos como puro acto, pero persistía como dilema moral.

El modo principal de la deslealtad de Masotta y Correas al programa juvenil es, en las memorias de Sebrelí, la “integración” de ambos al “sistema institucional”. En el caso de Masotta, la acusación entra en el terreno de lo conocido sobre el personaje: su

³¹ Correas se acercó a Sebrelí por el impacto que le había producido leer “Celeste y colorado”; fue también Sebrelí el que presentó Masotta (con quien habían compartido el colegio secundario, pero intimaron recién en la Facultad) a David Viñas y al propio Correas (“relaciones decisivas” para Masotta en esos años, subraya); ver *El tiempo de una vida*, p. 152. Correas describió cómo se presentó a Sebrelí a través de una carta “arrobada [...] de la que tampoco quiero acordarme y que Sebrelí debe guardar”; y para mostrar que en efecto la guardaba y, sobre todo, que en efecto era arrobada, Sebrelí reproduce un largo fragmento en el capítulo sobre Correas de *El tiempo de una vida*, pp. 201-202.

³² La cita de Sebrelí en *El tiempo de una vida*, p. 193; la de Correas, en *La operación Masotta*, p. 28.

integración culmina una cadena de “traiciones” que incluyen su pasaje oportuno del existencialismo al estructuralismo y su conversión en cacique del arte pop y el lacanismo, ya en los años sesenta, bien establecido en las instituciones de la vanguardia artística y la investigación social. Pero cuando se advierte que la misma acusación de integración la reitera Sebreli con Correas (una de las figuras más improbables para recibirla), queda claro que en ambos casos remite a un momento anterior, crítico en la vida del trío: el regreso de Masotta y Correas a la Facultad de Filosofía y Letras después de la caída del peronismo, cuando abandonan a Sebreli en la perseverancia autodidacta —es la caída del peronismo, por cierto, el momento en que la amistad triangular comienza a desvanecerse, como si hubiera sido el original lugar que encontraron para posicionarse ante el régimen el sentido último de su existencia como grupo. Masotta no prosperó como estudiante de Filosofía, aunque eso no le impidió ser una figura clave en la renovación intelectual de los años sesenta, y Correas se convirtió en un (convencidamente gris) profesor de filosofía, alejándose del ambiente intelectual.³³ Fijado en aquella escena primaria de la traición juvenil, Sebreli sigue sosteniendo en 2005 una acusación que se resiste a advertir algunas de las peculiaridades de aquella “integración”: el hecho de que Masotta usó la misma bastardía como combustible de su originalidad; y que Correas buscó deshacerse sólo de su componente autodidacta, convirtiéndose laboriosamente en un profesor “serio”, pero usando esa nueva legitimidad como máscara, como refugio para conservar intacta la pureza del odio bastardo, amasándola durante años para darle la forma de ese manifiesto literario que afecta, traduce y transforma, retrospectivamente, todo lo que Sebreli escribió, volviendo a reavivar el fantasma de la impostura.

Y ahora quizás pueda entenderse mejor el papel decisivo que tuvo para Sebreli el debate sobre su obra con Eliseo Verón y Masotta en 1966.³⁴ A propósito de la aparición de *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*, Verón reunió en un análisis crítico ese libro

³³ Que el reingreso a la Universidad fue un momento crítico para los tres, lo confirma Correas al recordar las opciones que se abrían ante ellos a la caída del peronismo: “O bien egresados universitarios *titulados* con el funcionariado docente ordinario como prestigio lucrativo; o bien *outsiders* más o menos desviacionistas, más o menos esotéricos, más o menos vanguardistas o rupturistas, y más o menos monetariamente premiados (para esta segunda figura teníamos nuestras autoridades: Bataille, Blanchot)”; poco antes, había señalado en nota que la Universidad del frondizismo les resultaba a él y a Masotta “ridícula”, aclarando sobre su decisión de reingresar a ella: “Debo suponer que odiábamos a la Universidad al mismo tiempo —o porque— la teníamos por un correccional donde purgar los viejos delitos de un peronismo errado y de la chafalonería intelectual”, *La operación Masotta*, p. 60.

³⁴ La polémica ya ha sido muy bien analizada por Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, donde se reproducen los textos del debate; y por Sylvia Saítta, “Pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, op. cit.

con *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* para mostrar –Barthes mediante– que detrás de su fachada contestataria se ocultaba una operación mitificadora: el uso ostentoso de conceptos de apariencia técnica que reproduce un saber naturalizado y, principalmente, produce un nuevo mito, “el mito del análisis marxista”.³⁵ Es evidente que buena parte de los rasgos que componían para Verón el discurso mítico está directamente asociada, como ya señaló Saítta, a la definición misma del género ensayístico: la ausencia de datos en apoyo de las interpretaciones, el carácter metafórico de las mismas, la apelación a un puro pacto de creencia en la voz del autor. Y esto convierte a este debate en uno de los escasos ejemplos públicos en la Argentina de la batalla –típica del período en toda América Latina– entre “sociología científica” y ensayismo (y cabe agregar que, también de forma típica para la época, si para Verón el ensayo como forma llevaba implícito el mito, así la ciencia social, el saber marxista).

Sebreli rápidamente colocó el ataque en el marco puesto por el debate entre existencialismo y estructuralismo en Francia (reservándose implícitamente el papel de Sartre), y se atrincheró en la figura del *outsider*, igualada a la del intelectual crítico sin más, convirtiendo su autodidactismo en virtud exaltada (el único camino para pensar con autonomía, deshaciéndose de los tutores espirituales), y presentando por ende los títulos de legitimidad académica de Verón como la evidencia flagrante de su ilegitimidad intelectual.³⁶ Y si bien es posible pensar que la impugnación de Verón fue clave para el descrédito de Sebreli en el círculo de la renovación intelectual de Buenos Aires, en su ciclo memorial él pudo elaborar ese ataque como el del contrincante histórico que da la medida de la hazaña del autodidacta. La intervención de Masotta en la polémica, en cambio, tuvo otra dimensión, personal, mucho más difícil de asimilar, ya que asumió para Sebreli la forma de la doble traición, la del intelectual que abandona la causa común y la del amigo que rompe los códigos exponiendo los secretos a los que ha tenido acceso justamente en su calidad de amigo.³⁷

³⁵ Eliseo Verón publicó “Muerte y transfiguración del análisis marxista” en 1966 en la revista *Marcha* de Montevideo; ver reproducción en B. Sarlo, *La batalla de las ideas*, op. cit., pp. 423 y ss.

³⁶ Sebreli respondió también en *Marcha*, en 1967, con “Verón: la ciencia oficial contra el marxismo”, texto que reprodujo con el título de “Polémica con Eliseo Verón” en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, en 1997 (versión que también puede verse en el libro citado de Sarlo).

³⁷ Escribió Masotta: “Quienes conocen de cerca a Sebreli no ignoran que los reproches que hace a Verón [...] no tienen la menor seriedad. ¿Cómo podría tener el más mínimo sentido el reproche de ‘estructuralismo’, cuando Sebreli carece de toda experiencia teórica de los problemas metodológicos que la lingüística estructural y la antropología estructural han planteado o ayudado a plantear al pensamiento contemporáneo. Pero se dirá: de dónde extraigo yo el derecho y la audacia para hacer ese tipo de afirmación. Contesto: es un poco sencillo, pero simplemente de mi conocimiento personal de Sebreli”, “Anotación para un psicoanálisis de Sebreli”, en *Conciencia y estructura* (1968), Buenos Aires, Eterna

Lo principal de la acusación de Masotta no fue la ilegitimidad en sí: él mismo se reconocía ilegítimo en el debate y ya en el acto de lanzamiento de su libro sobre Roberto Arlt, publicado un año antes con presentación de Sebrelí, había hecho la apoteosis de ese reconocimiento.³⁸ Como vimos, para el credo del “trío existencialista”, la ilegitimidad era una instancia ideológica, cuyo costado necesario de impostura intelectual (el “plagio metódico”, en términos de Correas) debía limarse con el tiempo. Masotta lo hizo explícito por los tres. En una dedicatoria de su “Merleau-Ponty y el relacionismo italiano”, de 1958, le escribió a Correas: “Hay aquí algunas mentiras que no dejan de turbarme: quien escribió esto sabe mucho más de lo que realmente yo sé. La trampa consiste en aparentar estar en posesión de lo que uno está solamente en vías de conquista”. Y en la dedicatoria a Sebrelí del mismo año, escribió: “Si no encontrás [en el texto] nada más que pedantería, te pediría que entonces sepas esperar por mí, como yo mismo lo hago”.³⁹ Dentro de esa lógica (el conocimiento como conquista, la apariencia como camino), lo que Masotta le recriminó a Sebrelí en la polémica fue la mala fe, el ocultamiento deshonesto tras la ilegitimidad (usando “la figura sartreana del bastardo” como coartada) para evadir la responsabilidad del estudio serio. Una acusación que, como veremos para finalizar, parece seguir resonando en el modo en que Sebrelí revisa su propia obra.

La vuelta del ensayo

En 2003, luego de cuarenta años de la primera edición –y de una veintena de reediciones en las dos décadas siguientes–, Sebrelí publicó una nueva versión de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* con algunas correcciones importantes, un largo prólogo en el que revisa la historia del libro y un texto en el que se propone continuar aquel análisis en la ciudad del presente (“Buenos Aires, ciudad en crisis”). El modo de intervención de Sebrelí en esta reedición viene a confirmar el lugar central de la obra en su carrera, como punto cúlmine de su programa crítico y su trabajo más memorable. Pero si el prólogo busca explicar las condiciones de producción del libro para

Cadencia, 2010, p. 249 (también reproducido en el libro citado de Sarlo). Masotta explicó que el texto fue escrito para intervenir en el debate, pero que por la prohibición del gobierno de Onganía de la circulación de *Marcha* en Buenos Aires, decidió que no tenía sentido publicarlo y lo hizo recién en su libro de 1968. Y es evidente que este desplazamiento en el tiempo (de un texto que por otra parte sólo se justifica en esa polémica) subraya la deslealtad, dándole al texto el sentido de una declaración de principios y mostrando que la publicidad era un aspecto fundamental en la ruptura con el amigo.

³⁸ Ver Oscar Masotta, “Roberto Arlt, yo mismo” (1965), en *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

³⁹ Cfr. respectivamente *La operación Masotta*, p. 56, y *El tiempo de una vida*, p. 198.

presentarlo como *documento histórico*, las correcciones lo desmienten, ya que muestran la convicción de Sebrelí de que es posible convertirlo en un texto *actual*. Especialmente perturbador, en este sentido, es el cambio de tiempo verbal (“traspuse al pretérito verbos utilizados abusivamente en tiempo presente”), que transforma aquella lectura de Buenos Aires en directo (y en todo caso, de esa co-presencia del ensayo salían algunos de sus hallazgos) en un remedo de análisis histórico, dando a entender además que el Sebrelí del 2000 sigue pensando la ciudad de 1960 en idénticos términos.⁴⁰

Y creo que esta ambivalencia es una manifestación clara de la más general que Sebrelí experimenta ante su producción ensayística, que no ha logrado modificar a pesar de la nueva legitimidad ganada por el género en las últimas décadas, de la que también es muy consciente. De hecho, en este prólogo de 2003 parecen coexistir incomunicados diferentes Sebrelí: el que con la misma prosa de juventud sigue afirmando que su libro es una superación del “intuitivismo lírico sociologizante” de Martínez Estrada, y el que apela a Benjamin para una reivindicación del ensayo en términos de experiencia, intuición sociológica y percepción literaria.

En verdad, el retorno de la forma ensayo no es sencillo, al menos no para quienes, como Sebrelí, siguen cultivando aquellos dos “métodos excesivos” que Barthes veía como condición de la coyuntura crítica en 1956; es decir, que parecen aceptar la inestabilidad constitutiva del género y al mismo tiempo desean producir un juicio definitivo, capaz de traducir la realidad en una imagen fija. Por eso, quizás el rasgo más sintomático de este nuevo prólogo sea el momento en que aparece un tercer Sebrelí, que se autocritica: “No obstante faltaba en aquel libro una teoría de la ciudad, ausencia que intento salvar en el nuevo texto que lo complementa, ‘Buenos Aires, ciudad en crisis’”.⁴¹ *Una teoría de la ciudad*: luego de recorrer el largo camino que lo llevó a la ciudad, y justo en el momento en que no sólo la crítica cultural, sino hasta el campo específico de conocimiento urbano ha reconocido la productividad de las miradas fragmentarias como forma más adecuada de abordar la multidimensionalidad que atraviesa (y enrarece) el binomio ciudad/sociedad, el ensayista-memorialista de Buenos Aires no puede abandonar la sospecha de que la seriedad está en otra parte. Lo que nos

⁴⁰ La explicación de las correcciones, en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación seguido de Buenos Aires, ciudad en crisis*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 9. No hace falta haber leído a Pierre Menard para saber lo que significa una reescritura. Tomo un ejemplo al azar: donde en la primera edición decía “La clase media ejerce lo que Sartre ha llamado ‘oficios de opinión’”, en esta última corrige “La clase media ejerció lo que Sartre ha llamado ‘oficios de opinión’”: el cambio de tiempo convierte la observación inmediata en juicio histórico, que congela la opinión en lugar de relativizarla: habría habido un período en el pasado (¿el año 1960?) en que la clase media hacía tal o cual cosa.

⁴¹ *Ibid*, p. 17.

devuelve a aquella polémica: como suele suceder en la tradición del pensamiento social latinoamericano, el impresionismo es una acusación que se muerde la cola, y la marginalidad, un fantasma que acosa incluso a quienes creen haberla asumido como programa.